

lo que habeis oído. Oh, felices nosotros, si hubiéramos visto lo que ellos vieron y hubiéramos oído lo que ellos oyeron: (1) sin duda que para bendecir á este divino Taumaturgo, levantando la voz hubiéramos exclamado como aquella muger evangélica en medio de las turbas: "*Beatus venter qui te portavit, et ubera quae susceperunt.*" (2) Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te alimentaron.

El Océano de la Omnipotencia pareció desbordarse para llenar el inmenso vacío de todas nuestras miserias, llevando sus bienhechoras olas hasta las remotísimas riveras de lo posible: (3) pues quiso que su Nombre, en la secuela de los siglos, fuera conocido y adorado, como era admirada su doctrina en la predicación que brotaba de sus labios, y como era admirada la secreta y poderosísima virtud que de El se desprendía para sanar todas nuestras enfermedades. "*Virtus de illo exibat et sanabat omnes.*" (4)

Virtud admirable (5) que parece esconderse entre los grandes misterios de Jesucristo, que brilla en sus portentos, y que se deja ver con toda la gloria de la Santísima Persona del Dios Hijo, sobre las mismas sombras de su muerte, cuando fué exaltado de la tierra para atraer á sí todas las cosas. (6)

Allá en los eternos decretos estaba marcada la hora de la grande y misteriosa exaltación de su Nombre Sacrosanto.

El mismo Divino Maestro decía á sus discípulos: ya llega prontamente la hora en que sea glorificado el Hijo del Hombre, (6) y Yo siento el alma tan violentamente agitada, que no sé ni qué pensar ni qué desear. ¿Qué haré Yo? ¿qué pediré á mi Padre? ¿Le rogaré que me libre de las terribles angustias de esta hora, y de los tormentos y la muerte que me están preparados? no, pues para esto he venido al mundo; y así le diré: Padre, Padre, glorifica tu Nombre Santo. (7) Y aun no se perdía el eco de estas reverentes palabras cuando como el trueno que descarga la tempestad y hace estremecer las montañas, se oyó la voz del cielo que decía: Ya lo he glorificado y otra vez lo glorificaré. "*Clarificavi et iterum clarificabo.*"

1. S. Luc. 10. 23.

2. S. Luc. 11. 27.

3. S. Joan Dam. Orth. Lib. 1º cap. 12.

4. S. S. Luc. 6. 19.

5. Sum. Theo. 1ª Parte, 9. 25. art. 3.

6. S. Joan. cap. 12. 28.

7. S. Joan. cap. 17. 25. 6.

Lo había glorificado en efecto, como lo habeis visto, con insignes misterios y portentos; pero le había reservado una nueva gloria para su dolorosísima Muerte, (1) en que debía terminar por su Nombre y con su sangre, la obra de nuestra redención; sangre inocentísima que muy de otra manera que allá en Belén, continuó derramándose en el huerto de los Olivos, en la tristísima noche de su Oración, (2) cuando la presencia de los tormentos, de la Cruz y de la muerte saturaban su Alma de amargura y de dolor, que lo hacían clamar al Cielo con grandes voces: Padre, Padre, si es posible aparta de mí este cáliz; mas, no se haga mi voluntad sino la tuya. Noche de temores, de sobresaltos y de indefinible desconsuelo, en que su pecho resiente la terrible lucha del amor á los hombres y de su negra ingratitud; el fuerte y duro combate de la vida y de la muerte en que oprimido hasta el extremo su generoso corazón, hace brotar la sangre de su frente inmaculada, hasta humedecer la tierra, y desfallecido y postrado, no parece posible separar ya de la muerte, su profundísima agonía; mas desde el horrible abismo de su desolación, se esfuerza y recobra aliento para invocar de nuevo á su Eterno Padre. ¡¡Jesús mio!! en la última desoladora noche de nuestra vida, por tus angustias y tus lágrimas en el Getsemaní, por tu sangre y tu agonía, concédenos pronunciar tu dulce Nombre: (3) que haga la luz en aquellas tinieblas nuestras, que nos aliente, que nos proteja, y que nos salve; pues es la única preciosa prenda que puede asegurarnos de nuestra futura dicha en aquel horrible trance!

Y por tres veces clama al Cielo; descende el ángel del Señor para confortarlo, (4) y generosamente apura hasta las heces el acibarado cáliz que le presenta. (5) Y al instante se precipitan sobre El, más de 500 soldados, sin contar los fariseos, los príncipes de los sacerdotes, sus ministros y los magistrados del pueblo; con tan estruendoso aparato, atropelladamente lo aprehenden, (6) pues á vil precio habían comprado su Persona. (7) ¿A quién busáis? les dice el Señor. (8) A Jesús Nazareno, respondieron ellos, y al pronunciar sacrilegamente Nombre tan sagrado cayó sobre sus es-

1. S. Luc. cap. 22. 44.

2. Dicit apostolus: Nemo potest dicere: Dominus.

3. Jesus nisi in Spiritu Sanct. Ad Cor. cap. 12. v. 3.

4. S. Luc. 22. 43.

5. S. Luc. 22. 43.

6. S. Joan. 18. 3. et Math. 27. 3. 5.

7. S. Math. 27. 9.

8. S. Joan. 18. 4. 5.

paldas toda aquella turba insolente. Y Jesús de nuevo les habla y les dice: esta es vuestra hora ¡oh potestad de las tinieblas! (1)

Y con la traición mas negra y repugnante, se inaugura violentamente la sangrienta catástrofe del Calvario, en la que se ve con horror la siniestra combinación de circunstancias acumuladas para el más terrible y doloroso sacrificio del más inocente y del más noble de los nacidos.

Ninguno entre los hijos de los hombres fué tratado con más ingeniosa crueldad, ni con barbarie más atroz é inaudita: el insulto, la calumnia, la violencia y los ultrajes, hicieron padecer hasta lo sumo á nuestro amable Redentor, cuya veneranda Cabeza se veía cercada de penetrantes espinas, que le hicieron heridas profundas é insufribles; (2) reducido á la afrentosa desnudez de los esclavos, le ponen en su mano una caña por cetro, y como á rey de burlas lo saludan con ofensivos sarcasmos é insolentes genuflexiones.

Cruelmente flagelado (3) y presentado á los ojos de la multitud como el hombre del dolor, el pueblo clama y exige á una voz que sea crucificado (4) para privarlo del honor y de la vida, á la vez que pide el indulto de la muerte y la libertad de un insigne facineroso, de un ladrón, de un homicida. (5) ¡¡Cuánta humillación para el pacientísimo Jesús, cuánta sangre, cuán costoso y tremendo sacrificio para labrar la gloria de su Nombre Santo. Con la Cruz sobre sus llagados hombros es llevado hasta la cima del Calvario, su cuerpo era una sola llaga, y manando sangre de su herida frente, su Rostro amabilísimo se veía manchado.

En estado tan lastimoso lo clavan con crueles y duros golpes, y levantándolo crucificado, el pueblo lanza un grito infernal de regocijo, burlando cobarde y despiadado sus angustias, sin que lo muevan á compasión, ni el verlo indefenso y desnudo; ni sus estremecimientos y agonías. Los unos gritan, estos rién, aquellos blasfeman, los otros pasando por delante de la Cruz (6) profieren horribles maldiciones, y apostrofándolo le dicen: ¡Vaya! Tú que destruyes el templo de Dios y en tres días lo reedificas, sálvate á tí mismo; (7) y los príncipes de los sacerdotes y los escribas, sin

1. S. Luc. 22. 53.
2. S. Math. 27. 29.
3. S. Marc. 15. 15.
4. Ibid. 15. 14.
5. Ibid. 15. 14.
6. S. Marc. 15. 29.
7. Ibid. Ibid.

temblar sobre aquella escena de sangre y de horror, también lo maldicen, diciendo: Si Tú eres Dios, sálvate si puedes; baja de la Cruz y creeremos en Ti; (1) y los verdugos en fin también le dicen con sarcasmo: tú salvaste á otros y á tí mismo no puedes salvarte, líbrate de nuestras manos.

Entretanto, creciendo horriblemente la furia y gritería de la plebe, el tumulto y atropellamiento de las gentes, y por dondequiera la confusión y el horror, llega un instante en que todo queda en silencio: ¿qué es lo que pasa?..... Los ministros de Pilatos van á ejecutar las últimas terminantes órdenes del presidente romano, levantando un gran cuadro de madera que colocan en lo mas alto de la Cruz, y en el que están escritos, en hebreo, en griego y en latín la causa y el nombre del Crucificado. (2)

Luego que pueden fijar la vista en aquella nueva escritura, los pontífices y los príncipes de los sacerdotes reconocen en ella un grande ultraje á su nación, y protestan delante de Pilatos, pidiendo que se sustituya por otra; mas Pilatos no los atiende, y con un rasgo extraordinario de firmeza que antes no tuvo, les responde con desprecio: "Lo que he escrito, escrito queda." *Quod scripsi, scripsi.* (3)

Y muere la víctima divina exclamando con grande voz: Padre en tus manos encomiendo mi espíritu. (4) Y queda escrito su Nombre Sacrosanto sobre la altura del leño ignominioso de que está pendiente, y la tierra queda envuelta en densas tinieblas: los cielos pierden su belleza, el sol se eclipsa, la luna aparece como teñida en sangre, las piedras y peñascos se quiebran chocando las unas con las otras, el velo del templo se rompe y divide en dos partes, se abren los sepulcros y resucitan los muertos. Y todo el gentío que asistió á este negro espectáculo, al leer este Nombre Divino se vuelven hiriéndose el pecho y pidiendo perdón de tan grande iniquidad. (5)

Y ¿quién es, hermanos míos, el que escribe por la vez primera el Nombre Santísimo del Salvador del Mundo, el Nombre de Jesús, el inmortal regenerador de la especie humana? ¿Es por ventura alguno de los hombres santos de Dios, cuyos cuerpos milagrosa-

1. S. Marc. 15. 32.
2. S. Math. 17. 37. Marc. 15. 26. Luc. 13. 38. Joan. 19. 19.
3. S. Joan. 19. 20. 21. 22.
4. S. Luc. 13. 46.
5. S. Luc. 24. 48.

mente acaban de resucitar levantándose del sepulcro? (1) ¿es algún intrépido discípulo que anhela por hacer allí mismo en el Calvario la pública confesión de su fé en el Crucificado? ¿son acaso los apóstoles que despojándose del temor y susto que los había puesto en fuga, vienen ya impertérritos á morir con su Divino Maestro, como antes lo habían protestado allá en el huerto? (2) Nó, hermanos míos, ya lo veis; ni los profetas, ni los discípulos que habían escuchado su doctrina y habían sido favorecidos con sus milagros, ni los apóstoles á quienes había hecho sus íntimos amigos, son los que primeramente escriben su Nombre y lo publican; sino Pilatos, el juez inicuo que lo sentencia á la muerte de Cruz.

El es quien escribe su Nombre, y como místico diadema lo coloca sobre su Cabeza coronada de espinas; (3) él es quien escribe su causa y oficialmente la publica, autorizándola como presidente romano, y sin duda con la potestad (4) que de arriba se le ha otorgado: él es quien escribe el título propio, el Nombre del Divino Ajusticiado y lo levanta sobre la Cruz en que espira.

Título, escritura ó causa, (5) como le llaman los Evangelistas; causa, de la inocencia del más santo de los nacidos, horriblemente sacrificada para redimir con su sangre la vida de los inicuos: título, inmortal del Salvador y Redentor del mundo: escritura, en fin, de gracia, de reparación y de vida que abroga y para siempre el terrible decreto de muerte y de esterminio, (6) fulminado contra nosotros allá en el Paraíso desde el principio.

¡Cuántos misterios, cuántas maravillas! Tres reyes magos, primicias de la gentilidad, son los primeros que vienen de remotísimas regiones á buscarlo; y pública y oficialmente lo adoran en Belén recién nacido, ofreciéndole preciosos dones; (7) y un gentil, el presidente romano en la Judea, el mismo juez que lo condena al sangriento suplicio de la Cruz, es quien publica en el extremo de la misma Cruz su Nombre Sacrosanto.

Y Pilatos en tres idiomas escribe la causa y el Nombre de Jesús Nazareno Rey de los Judíos, para identificar con él á la víctima sacratísima que había de recibir en la secuela de los siglos toda bendición y toda alabanza, como lo justifica el Apóstol. Lo escri-

1. S. Math. 27. 52.
2. S. Luc. 22. 49.
3. 2ª Cor. 3. 7. Orig. Trat. 35 in Math.
4. S. Joan. 19. 11.
5. Psalms. 55. 56. 57. 58.
6. Math. cap. 2. 11.
7. Psalm. 50. v. 20.

be en hebreo, porque su muerte, que es la salvación del mundo y gloriosa redención del hombre, es el grande acontecimiento de los siglos, lleno de consoladores recuerdos para la gentilidad, y de negra remembranza para el pueblo deicida, que disperso en todas las naciones de la tierra, llevando sobre sí la sangre del Justo, después de millares de años no ha podido huír de la justa maldición que por todas partes lo persigue. (1) Y el Nombre de Jesús es el Nombre de su Mesías prometido, del Angel de su Testamento, del suspirado por sus patriarcas y vaticinado por sus profetas: este nombre y esta causa se escriben sobre la Cruz para su ignominia. Más tarde, cuando la benignidad de Dios vuelva á su pueblo, cuando se reedifiquen los muros destruidos del templo y juntamente con el sacrificio inmortal de justicia acepte el Señor los sacrificios de sangre y los holocaustos; cuando se compadezca de su queridísima Sión, (2) entonces los hijos de Israel y de Judá doblarán la rodilla é inclinarán la frente al Nombre de Jesús, y publicarán sus alabanzas, como con ardor lo suplicaba el más inspirado de sus profetas.

Lo publica también en griego, para que la Grecia, emporio del saber y rica de talentos, que lo adoraba *Ignoto Deo*, como al Dios desconocido, en el altar que en Atenas le había levantado, lo adorara después como al Divino Maestro, como á la Sabiduría de Dios, cuyos más grandes misterios había de defender en los venerandos jurados del Oriente, en aquellas inmortales é inspiradas asambleas.

Lo publica, en fin, en el sabio y cadencioso idioma de Lacio, que era el de Roma, la reina del mundo pagano, famosa por sus hazañas y conquistas, por su poder y por sus riquezas, que mandó en triunfo sus águilas hasta los confines del globo; para que por la misma divina virtud de este Nombre portentoso se convirtiera en la ciudad de los papas, en el glorioso centro del catolicismo, colocando el lábaro y el Nombre del Crucificado sobre la cúspide del Capitolio. (3)

Y de esa ciudad en la serie de diez y ocho siglos, como del Cenáculo en la cuna de la Iglesia, han salido cual centellas abrasadoras para todas las regiones del mundo los predicadores de la verdad infalible, los propagadores de la doctrina de Jesús, que han

1. S. Math. 27. 25.—23. 35.
2. Ps. 50. 20 et Act. Ap. 16. 17.
3. Para formar un pueblo y sostener después su autonomía, se necesita: lenguaje, costumbres y ley. Luego la Iglesia, para formar un pueblo católico, necesitó un idioma universal, que hasta ahora es el latín: costumbres que son las humanas y sobre humanas: y leyes las naturales y divinas. (*Pensamiento del Ilmo. Sr. Sollano, primer Obispo de León*)

anunciado su Nombre divino á todos los pueblos y naciones: Nombre santo, dulcísimo para los labios que lo pronuncian, para los oídos que lo escuchan, para los corazones que lo aman. (1) La apacible y divina luz que se desprende de sus sacratísimos arcanos, embelesa á las almas y llena de encanto al corazón; porque este Sacratísimo Nombre encierra en sí admirablemente para los mortales, toda vida, todo bien, toda esperanza. De tal manera está ligado con los misterios de la gracia y de la gloria, con lo pasado y con el porvenir; de tal modo comprende en su alta significación la economía de los inconcebibles y altísimos designios de Dios, que me parece imposible separarlo en su significación é interpretación propias, del inefable Nombre de Jehová, pues en él revela y manifiesta Dios á los hombres su inagotable Poder, su inefable sabiduría y su interminable duración de un modo más grandioso y profundo que en algún otro de los nombres divinos, (2) descubriéndonos mayor número de perfecciones, y mostrándonos con mayor claridad la existencia de misterios consoladores, que jamás hubiera podido pensar ni penetrar la humana inteligencia.

Este Nombre que es sobre todo nombre sintetiza divinamente los infinitos merecimientos de Jesucristo, y es el emblema inefable de su inmensa gloria; es el don perfecto, la dádiva excelente (3) que el Padre de las Luces reservara misteriosamente á su Unigénito Hijo hecho Hombre, para el instante supremo en que consumara su heroico sacrificio, y de este modo coronarlo con el mismo su propio Nombre, de honor y de gloria, y hacer que los cielos, la tierra y los infiernos, al solo escucharlo, doblaran la rodilla para adorarlo, y publicaran que Jesús Nuestro Señor está en la gloria de su Eterno Padre.

Allá está, carísimos oyentes, en el Sancta Sanctorum del Empíreo, en donde penetró por su propia Sangre (4) para eternizar nuestra Redención y dar al mundo su Nombre santo, cuyos altísimos misterios veneramos profundamente, cuyos milagros estupendos admiramos y cuya Gloria aplaudirán los siglos de los siglos. Sus misterios acrecen y vivifican la Fé Católica; sus portentos afirman y elevan nuestras esperanzas, y su gloria infinita y deslumbradora y su amor inmenso, incendia nuestro pobre corazón.

Alabe y ensalce el Nombre de Nuestro amabilísimo Jesús, la tierra con sus valles, montañas y collados, revestidos de flores, de

1. Div. Bernard. Serm. 13. Cant. et 2º super Circuncis.
2. Maschan Rationale Evangeli et Hort. Pastorum de Smo. Jesu Nom.
3. Jac. 1. 17.
4. D. P. ad Heb. 9. 12. 25.

árboles y frutos, y los mares con la extensión y multitud de sus aguas; despléguese para admirarlo los espacios bordados de estrellas; extienda el sol sus vivos resplandores, y derrame la luna la melancólica claridad con que alumbrá la noche; los jóvenes y las doncellitas, los niños con los ancianos, los pobres y los ricos, bendigan el Nombre de Aquel que Solo ha merecido ser exaltado sobre los ángeles y sobre los hombres; humíllense para adorarlo, en fin, los cielos y la tierra, y el empireo levante sus puertas luminosas y abra sus espléndidos palacios para tributarle todo honor, toda alabanza.

Toda alabanza, porque ésta debe ser tan digna y tan perfecta, tan santa y tan gloriosa, como su admirable Nombre (1) que es el emblema de sus trofeos, el título de su grandeza y la enseña de sus méritos y de sus triunfos. Jesús es la vida y su Nombre es el oleo misterioso que alimenta la vida de los espíritus. El es la luz y su nombre persigue y replega hasta los abismos las tinieblas de nuestros errores é ignorancias; es la columna de fuego que alumbrá nuestros pies en este penosísimo destierro; es el faro que derrama sobre el alma, en las borrascas de nuestra existencia, su luz esplendente y protectora.

El está escrito al principio del Libro Divino, como lo testificó delante de su Eterno Padre al entrar en el mundo (2) el mismo Dios Humanado, y El también está escrito en el último Libro del eterno Testamento, como un sello santo grabado allí por el sublime Vidente de Patmos, (3) que decía: Ven, Señor Jesús, ven. *Veni Domine Jesu. Veni citius.*

Apresura pues tu venida en nuestro auxilio ¡Jesús Divino! Derrama ya sobre nosotros la lluvia copiosa y fecundante de tus gracias, anticipa en nosotros tus innumerables misericordias y defiéndenos de nuestros enemigos espirituales y corporales, visibles é invisibles, con la Virtud irresistible y poderosísima de tu nombre. Por El, para hacernos participantes de tu Vida, abriste las puertas de nuestra vida, y por El mismo encontraste la salida de la muerte; ¡éxito gloriosísimo que Tú solo pudiste alcanzar; que á Tí solo, Señor, estaba reservado (4) al espirar en la Cruz! Por estos incomprensibles secretos, por estos estupendos milagros, bendice, Jesús mío, á todas las naciones de la tierra; conjura, con la gran-

1. Psalm. 4. 7. 11.
2. Ad Hebr. 10. 5. 6. 7.
3. Apoc. 22. 29.
4. Psalms. 67. 21.

deza y gloria de tu Nombre, la negra borrasca de la revolución que oscurece los horizontes del mundo y amenaza hacer correr por todas partes la sangre de los pueblos; bendice á la Nación Mexicana, que te reconoce y ensalza, y á esta devotísima ciudad, que hoy, con los cielos, la tierra y los abismos, adora tu Nombre que es sobre todo nombre, pidiéndote humildemente la eterna felicidad para nuestro difunto Prelado: manda ya que tus ángeles lleven su alma al Paraíso, pues está signada con el sello inviolable de tu Augusta Trinidad, y mientras fué en esta vida, creyó en Tí y en Tí tenía colocada su esperanza.

Bendito seas pues, ¡Jesús mío! bendito seas, desde la aurora hasta el ocaso, en los cielos y en la tierra, por los ángeles y por los miserables mortales; (1) santifica y consagra con tu Nombre nuestros labios y haz que vaya envuelto en nuestro último suspiro.

1. Ps. 112. 3.

ASÍ SEA.



SERMON

Tomada razon

EN HONRA

DE LA GLORIOSA ASUNCION

DE MARÍA SANTÍSIMA,

PREDICADO

EL 15 DE AGOSTO DE 1866,

EN LA CATEDRAL DE LEON,

POR SU PRIMER OBISPO Y FUNDADOR

EL DR. Y MTRO.

D. JOSE MARIA DE JESUS

DEZ DE SOLLANO Y DAVALOS.

Quien lo dedica á su Illmo. y Venerable Cabildo, por cuyo acuerdo se imprime para edificacion del Venerable Clero y del Pueblo fiel de la Diócesis.



LEON. 1866.

IMPRESA DE PABLO GOMEZ.